

- ¡No lo permita Dios que su merced la vea! Moriría como mueren todos, como murió mi tío Pancho.

Tornaron a reír locamente los dos jóvenes, ante tal convencimiento, y luego ya más calmado, preguntó Carlos Luis:

- ¿Vio un tío tuyo la procesión?

- Si mi niño: él sabía por mi abuelo que no era bueno dudar de las cosas santas; pero era un descreído, un renegado, que se burlaba de todo, y cuando se tomaba sus copas se volvía loco. Maldecía a la Virgen, llamaba alcolnoque a San José, viejo barbón a Jesucristo, y pedía a gritos se le apareciera el diablo y se lo llevase; decía que Satanás y él eran compadres, y harían una vida muy regalada en el infierno.

- ¡Era todo un real mozo tu tío Pancho! ¿Y le dio gusto el compadre y se lo llevó?.

Santiguóse devotamente el negro al responder:

- Si fue Dios o el diablo, quién puede saberlo! Lo cierto es que, una noche al salir mi tío de un baile en compañía de un amigo, a mitad del camino se separaron para tomar cada cual el que conducía a su casa, pero apenas el amigo hubo alejado unas pocas varas, oyó a mi tío dar un fuerte grito, y volviendo rápidamente, pie atrás para saber qué le ocurría, se detuvo estupefacto viendo que cruzaba la llanura un gran cortejo, alumbrado por luces azules y haciendo un ruido a nada semejante, que ponía frío en los huesos y pavor en el alma. Comprendió el hombre que era cosa del otro mundo lo que veía y quedóse inmóvil sin poder dar un paso, hasta que el cortejo se hubo desvanecido; corriendo entonces como alma que lleva el diablo, lanzóse hacia su casa sin preocuparse más de mi tío. Este fue hallado muerto al día siguiente, en mitad del camino; tenía los ojos horriblemente abiertos y una gran cantidad de espuma blanca cubría los labios y el semblante. Lo que los dos jóvenes habían visto era la procesión de las ánimas, y a mi tío le costó la vida.

- ¿Pero de veras Mundo, dijo Ernesto ya serio, tu crees en tales cosas?

- ¡Y cómo no he de creer niño! No un caso sino mil podría contarles igual al del mi tío Pancho, en el campo todos sabemos esto y no salimos de casa en las noches muy oscuras, sin antes persignarnos.

- ¿Y eso ahuyenta las ánimas?

- No las ahuyenta sino que nos congracia con ellas. Ven con esto que las recordamos y sentimos pesar por sus penas, y no quieren causarnos la muerte apareciéndonos.

- Pues yo, dijo Carlos Luis sarcásticamente, deseo verlas y voy a hacer lo posible por conseguirlo. Desde hoy comienzo a renegar de lo lindo como tu tío Pancho, y todas las noches oscuras saldré al campo a llamarlas.

- Hará muy mal su merced, porque como ya le he dicho, no es bueno provocar la ira de Dios. Sin embargo, ese es sistema de los blancos: burlarse siempre de todo.

- ¡Pero desgraciado, cómo no se va uno a reír de semejantes patrañas! ¡para creer esos disparates se necesita ser tan ignorante como son Uds.! ¿Qué te parece Ernesto?. Jamás se me hubiese ocurrido, que aquí en el Ecuador se inventasen tales fábulas; que en la nebulosa Britania o en la poética Escandinavia, crean en fantasmas y duendes es lógico y se comprende, pues hasta los vivos tienen apariencia de algo sobrenatural vistos entre la niebla. ¡Mas aquí, en el país de la luz, adonde como dijo pintorescamente un montuvio: los soles duran día y noche; qué sería de los pobres duendes! Esto de fantasmas en el Ecuador me resulta tan fuera de lugar, cual si viese a una elegante parisense, en "toilette" de baile, paseándose en las selvas del Congo.

- Podrá su merced dudar cuanto quiera, pero eso no quita que sea verdad lo que digo,

- ¡Oh Raimundo! Bastantes jaguares, pumas y serpientes hay en nuestras montañas, sin contar con las tarántulas, escorpiones y bichos de toda clase que infestan nuestros campos y habitaciones, para que necesitemos buscar en otra parte objetos de fábula y horror. Cuéntame que unos caucheros fueron atacados por los saños y despedazados, que una sallama se le enroscó al cuello a un muchacho y lo estranguló, que las hormigas bravas hallando un caballo trabado, lo atacaron, dejando en una noche sólo el esqueleto limpio, recarga los colores, inventa detalles, fabrica historias espeluznantes, todo te lo creeré porque son cosas que caben en lo posible, que están en consonancia con nuestro país y con su naturaleza aún salvaje. ¡Pero ánimas, fantasmas, diablos, duendes! ¡eso sí que no te acepto ni te creo!

- No las ahuyenta sino que nos congracia con ellas. Ven con esto que las recordamos y sentimos pesar por sus penas, y no quieren causarnos la muerte apareciéndonos.

- Pues yo, dijo Carlos Luis sarcásticamente, deseo verlas y voy a hacer lo posible por conseguirlo. Desde hoy comienzo a renegar de lo lindo como tu tío Pancho, y todas las noches oscuras saldré al campo a llamarlas.

- Hará muy mal su merced, porque como ya le he dicho, no es bueno provocar la ira de Dios. Sin embargo, ese es sistema de los blancos: burlarse siempre de todo.

- ¡Pero desgraciado, cómo no se va uno a reír de semejantes patrañas! ¡para creer esos disparates se necesita ser tan ignorante como son Uds.! ¿Qué te parece Ernesto?. Jamás se me hubiese ocurrido, que aquí en el Ecuador se inventasen tales fábulas; que en la nebulosa Britania o en la poética Escandinavia, crean en fantasmas y duendes es lógico y se comprende, pues hasta los vivos tienen apariencia de algo sobrenatural vistos entre la niebla. ¡Mas aquí, en el país de la luz, adonde como dijo pintorescamente un montuvio: los soles duran día y noche; qué sería de los pobres duendes! Esto de fantasmas en el Ecuador me resulta tan fuera de lugar, cual si viese a una elegante parisense, en "toilette" de baile, paseándose en las selvas del Congo.

- Podrá su merced dudar cuanto quiera, pero eso no quita que sea verdad lo que digo,

- ¡Oh Raimundo! Bastantes jaguares, pumas y serpientes hay en nuestras montañas, sin contar con las tarántulas, escorpiones y bichos de toda clase que infestan nuestros campos y habitaciones, para que necesitemos buscar en otra parte objetos de fábula y horror. Cuéntame que unos caucheros fueron atacados por los saínos y despedazados, que una sallama se le enroscó al cuello a un muchacho y lo estranguló, que las hormigas bravas hallando un caballo trabado, lo atacaron, dejando en una noche sólo el esqueleto limpio, recarga los colores, inventa detalles, fabrica historias espeluznantes, todo te lo creeré porque son cosas que caben en lo posible, que están en consonancia con nuestro país y con su naturaleza aún salvaje. ¡Pero ánimas, fantasmas, diablos, duendes! ¡eso sí que no te acepto ni te creo!

Encogióse de hombros Raimundo y respondió con calma:

- Eso tienen, las cosas de Dios, que por raras e imposibles que parezcan se realizan a pesar de todos los cálculos humanos. Yo no sé de letras, pero sí retengo en la memoria lo que una vez he oído leer: por tanto recuerdo mucho cuanto el patrón Antonio leyó sobre la catástrofe de la Martinica: movió el Señor un dedo y el Monte Pelado vomitó llamas y lavas, asoló la isla e hizo burla de los sabios que metidos en sus casas con unos cuantos aparatos creen preverlo, medirlo y saberlo todo. Hubiesen tenido más fe en las advertencias de Dios y no en el saber de los hombres, y todos hubieran escapado con vida.

- ¡Hola! ¡hola! exclamó Ernesto riendo, te encontraste Carlos Luis con la horma de tu zapato; tú creías derrotar a Raimundo y ya vez lo bien que se defiende, aún cuando sea como una tortuga metiéndose en su concha (que en este caso es Dios) y oponiendo a todos los pinchazos la dureza de su armadura.

- ¡Si; pero conmigo no vale nada de eso! digo que no hay tales ánimas o aparecidos, ¡y no las hay!

Tocóle a su vez reír al negro, mostrando los marullinos dientes:

- Eso mismo decía el niño cuando siendo pequeño quería las estrellas y yo le respondía que no podían alcanzarse: "No lo creo, decía, no lo creo; cuando yo sea grande haré una escalera larguísima y las cogeré". No lo creía el niño, mas hasta ahora ha podido prender ninguna a sus vestidos, como era entonces su deseo.

- ¡Toma! ¡toma! gritó Ernesto saltando del banco y dando sapatetas en el aire; ¡bien contestado Mundo, bien contestado! ¡No te dejes!

Carlos Luis fingió ponerse repentinamente serio, y guiñando un ojo a su amigo para significarle quería burlar al negro, respondió:

- Será todo lo que se te antoje Mundo, mas yo necesito como Santo Tomás: ver para creer. No he visto las ánimas luego no puedo creer en ellas, y menos aún en Jesucristo, María Santísima o el Espíritu Santo, porque tampoco los he visto.

Raimundo alzó las manos al cielo presa de mortal angustia, y miró a los jóvenes espantado.

- ¡Ya eso es blasfemar! ¡ya es tentar la ira de nuestro Señor! Santíguese su merced, para que El le perdone lo que acaba de decir; santíguese, sino va a ocurrirle un mal.

Estalló formidable la burla de los dos jóvenes. Carlos Luis echábase hacia atrás apretándose los costados, ahogado por la risa, y Ernesto le hacía coro, llorando a lágrima viva y oprimiéndose con ambas manos el estómago.

Comprendió tarde el negro que se habían burlado de él, y púsose de pie entre corrido y amostazado.

- Eso es lo malo que tienen los niños, nunca se puede hablar en serio con ellos. Mejor me voy a mis ocupaciones.

Y sin más ceremonia les volvió la espalda, dirigiéndose rápidamente a la casa.

- Mundo, gritó Carlos Luis al verlo próximo a desaparecer por la puerta; ya sabes: saluda a las ánimas de mi parte, y que se me presenten cuanto antes.

Durante un buen rato continuaron aún los amigos sentados en el banco, riéndose y comentando las creencias de Raimundo. Luego se cogieron del brazo y marcharon alegres y decidores por la estrecha senda abierta entre las altas hierbas del potrero próximo. Aquel era el paseo casi obligatorio de cada mañana, que les recompensaba ofreciendo una nueva mariposa a sus colecciones, o una planta rara a sus herbarios.

II

Carlos Luis y Ernesto eran amigos inseparables desde la infancia, y estudiantes ambos en uno de los mejores colegios de la Capital. Durante las vacaciones abandonaban la sierra por la costa, dirigiéndose a la hacienda residencia de la familia de Ernesto donde Carlos Luis cuyos miembros viajaban por el extranjero, podía considerarse como su propio hogar.

Allí resarcíanse los estudiantes de los largos meses de encierro, disfrutando de todas las diversiones que la vida del campo puede ofrecer.

Cacería, pesca, paseos a caballo, en bicicleta o a pie; excursiones a las haciendas vecinas; bailes meriendas, y ante todo y sobre todo, lo más halagador para sus juveniles corazones; lindas muchachas con quienes dedicarse al emociante y dulcísimo flirt.

Meses de regocijo eran aquellos, no sólo para ambos amigos, sino también para la familia divertida continuamente, por sus bromas y la franca explosión de sus alegrías. Partícipe de este contento era también el anciano negro Raimundo, quien habiendo servido desde niño a Don Antonio el padre de Ernesto, siguióle cuando éste tomó estado y con la familiaridad establecida casi siempre entre los Sud-americanos y sus criados antiguos, miraba como suyos los intereses y afectos de sus amos. Carlos Luis era inseparable de Ernesto y el negro lo miraba con igual cariño que consagraba a aquel.

Raimundo era un compuesto de hombre civilizado y de salvaje, si había ganado algo en maneras y lenguaje, imitando inconciente los del amo, no había perdido nada de las creencias y supersticiones de sus mayores, fomentadas por el trato con sus iguales, a quienes en los distintos menesteres de la hacienda, trataba constantemente. Raimundo convenía con Don Antonio, en las excelencias del confort moderno, del telégrafo sin hilos, del trapiche movido a vapor, del arado mecánico, etc., pero en lo que no convendría jamás, sería en que sus creencias fuesen falsas o erróneas. Con la misma naturalidad y falta de sorpresa, que se ve marchar un enorme trasatlántico movido sólo por el vapor de sus calderas debía aceptarse el que los muertos se aparecen e intervienen en los asuntos de los vivos. Si el gramófono canta, habla y ríe como una persona, sin serlo, ¿por qué los muertos no han de presentarse, hablar o quejarse como una persona que han sido? Todos los habitantes de la hacienda, sabían esta debilidad de Raimundo, y frecuentemente provocaban discusiones sobre tal asunto, deseosos de oírle relatar leyendas y cuentos, en apoyo de sus tesis, con una seriedad y lujo de detalles que hacíalos singularmente atractivos.

Pasaron muchos días y durante ellos, no cesó Carlos Luis uno solo de embromar al negro, maldiciendo de Dios en su presencia e invitando a las ánimas a presentarse. "Pronto terminarán las vacaciones, decía, y tendré que volverme a Quito, sin que se hallan dejado ver esas ánimas estúpidas". Movía el negro gravemente la cabeza, aconsejándole no dudar de las cosas del otro mundo, y Carlos Luis renegaba como un carretero, riendo a carcajadas del disgusto de Raimundo.

III

Acercábase el término de las vacaciones, y una noche al mediar las doce, hallábanse sólo los dos amigos en la ancha galería que rodeaba la casa. Reclinados en la baranda, fumaban cigarrillos, cambiando impresiones sobre las muchachas amigas y los amores que habían fomentado en aquellos días, e iban a tener presto que abandonar.

Carlos Luis de temperamento impetuoso y ardiente, habíase enamorado, pese a sus diez y ocho años -edad de las pasiones rápidas- real y profundamente de una bellísima niña llamada María, quien a su vez consagrábale toda la ternura de su alma. Por esta razón, mostrábase Carlos Luis aún más rehacio que otras veces, para dejar la vida regocijada y libre, por aquellos dormitorios húmedos del Colegio y los enormes salones oscuros en que cabeceando soñolientos sobre los libros del texto, veían transcurrir los días y los meses sumidos en tediosa calma. Ni una escapada, ni una salida, inada! Apenas si cada ocho días recibían cartas de la familia, que al relatar las diversiones disfrutadas por ésta, aumentaban la displicencia de los estudiantes, disminuyéndoles más si cabe, la ya muy mermada afición al estudio. Tal vez habría llegado Carlos Luis a desesperarse, si tal cosa fuese compatible con su carácter bullidor y desbordante de alegría.

-¡Si al menos pudiera recibir letras de María! decía nuestro joven; ipero nada! los antipáticos profesores se han de meter en todo y registrar hasta las cartas que uno recibe.

¡Como se quedaría el Rector, si al abrir mi correspondencia se encontrase con una carta de ella en que me hablara del beso de despedida!

Porque, eso sí, te lo aseguro Ernesto, estoy propuesto a dar un beso a mi María antes de marcharme; sus labios de grana me incitan, me seducen, me vuelve loco mirarlos y no poder oprimirlos con los míos. Será para mi un consuelo, delicioso mientras los profesores con sus voces gangosas expliquen las interminables lecciones, aislarme en el recuerdo de ese primer beso de amor y que vuelva su dulcísimo murmullo a acariciarme nuevamente los oídos. Si no llevo ese beso para atenuar la amargura de ausencia tan larga, mi alegría habrá concluído y me consideraré inmensamente desgraciado.

-¡Demasiado entusiasmo, querido! Dijo Ernesto, idemasiado! Sólo

hace un mes que te le has declarado y ya quieres pedirle un beso; iese es ir muy de prisa! más que las locomotoras del ferrocarril de Mr. Harman!

-Tú comprendes, respondió Carlos Luis riendo, que al estar de viaje no tengo tiempo que perder. Lo que me intriga es cómo me las compondré para verla a solas; la vieja de la madre y los pegajosos de los hermanitos no la abandonan nunca, y no es cosa de hacerse como le hice la declaración: de pie al lado del piano mientras le volvía las hojas de música y bajo la escudriñadora mirada del papá, que de lejos nos seguía cual si sospechara algo. Un beso no puede darse así; máxime, cuando a las facultades de ser el primero reunirá las de ser el de despedida, el que me entregará su alma dejándole la mfa. Yo necesito soledad y tiempo para este beso, que debe ser largo, dulce, apasionado, ardiente, ien una palabra: un beso incomparable y fenomenal!

Rieron ambos y continuó la conversación en el mismo tono.

La noche era profundamente oscura, pero bellísima y aromada con los mil perfumes de la vecina selva. En el confín de los extensos poteros brillaban los cucuyos y candelillas salpicando la arboleda de puntos luminosos, y entre la hierba humedecida por el rocío, millares de insectos dejaban oír en monótona armonía, la penetrante voz de sus amores. Noche ideal, noche mágica era aquella; noche de los trópicos, cálida y hermosa, que pone calor de sol en las venas, y habla al alma de desconocidas cosas.

Hasta la misma casa hallábase sumida en un sueño de paz; apenas si en el extremo de la galería, un débil rayo de luz escapábase por una puerta entreabierta, marcando en el piso una línea de oro, que en vez de atenuar parecía hacer más densa la obscuridad.

Concluyóse el cigarrillo de Ernesto y volviéndose éste de espaldas al balcón, para que la brisa que soplaba de la llanura no apagara el fósforo encendió otro.

- ¡Mira Ernesto! ¡mira! dijo Carlos Luis en aquel instante con tono admirativo y tocándole en el brazo.

- Se volvió Ernesto de frente y al tender la mirada en las sombras quedóse mudo de sorpresa.

A menos de treinta metros, en el camino cercano a la casa marchaba un enorme cortejo, cuyos detalles no podrán precisarse; pues aún cuando alumbrado por innúmera cantidad de luces, el resplandor de éstas era tan particular, que borrando relieves y contornos, fundían el conjunto en la vaguedad, rodéandolo con una especie de halo luminoso y pálido. Aquellas luces, vivas y azuladas como fuegos fatuos, no permanecían inmóviles un instante; caían sin cesar, semejando una lluvia de estrellas, y se apagaban bruscamente al tocar el suelo, para ascender de nuevo encendidas y rápidas, continuando así en vertiginoso caer y levantarse, indescriptible y fantástico. Un ruido sordo, áspero y agrio, como chochar de hierros viejos y de huesos, acompañaba esta marcha, y un viento frío y estremecedor, se dejaba sentir como emanado de ella. Había algo de pesadilla en aquella procesión, que no podía precisarse de qué se componía, y en aquel ruido que tampoco podía comprenderse de qué procedía.

Ernesto y Carlos Luis aferrados a la baranda y con medio cuerpo fuera de ella, miraban ansiosamente, tratando en vano de comprender lo que veían.

Avanzó rápidamente el cortejo hasta llegar al fin de la arboleda, pero en vez de internarse en ella desvaneciéronse las luces, cesó el ruido, y volvió a imperar la noche silenciosa y negra.

Reinó un momento de silencio y estupor, entre los dos amigos, imposible les era explicarse lo que acababa de pasar ante sus ojos, y continuaban mirando aún después que todo hubo desaparecido.

¡Cosa curiosísima en verdad! dijo por fin Carlos Luis volviéndose a Ernesto, ¿puedes tú, explicarte qué es eso?

- Sí; respondió éste subitamente iluminado y estremeciéndose a pesar suyo. Es la procesión de las ánimas.

- ¡De veras! exclamó Carlos Luis regocijado: tonto de mi que no había caído en ello! Esa es la famosa procesión, descrita por Raimundo; mañana le contaré que la hemos visto, y ya verás la cara que pone: va a creer lo estamos burlando.

- Lo malo es, dijo Ernesto con voz ligeramente conmovida, que quienes ven la procesión mueren antes de los quince días.

- ¿Y qué? Interrogó Carlos Luis riendo; ¿tú crees tales candececes?

icapaz eres de tener miedo! De todos modos, no te asustes, pues sólo muere quien la vio primero, y ése como te acordarás he sido yo.

Reaccionó Ernesto ante la sangre fría de su amigo, y avergonzado de que le atribuyese poco valor, exclamó jovialmente:

- Es que voy a tener que sacar la cara por ti y morirme en tu lugar; ¡qué iba a decir María si tú murieses!

- Tienes razón, no me recordaba de eso, pero como también hay una cierta niña Isabel a quien tú harías mucha falta, lucharemos con las ánimas para no dejarnos llevar ninguno de los dos; aunque debíamos estarles agradecidos, porque acababan de prestarnos una incomparable escena de magia, con la ventaja sobre las que vemos en el teatro que ha sido gratis. Hablando serio: yo no creo ni creeré jamás en cosas sobrenaturales y juzgo que cuanto acabamos de ver tiene una explicación natural y sencilla: quizás es un fenómeno que sólo se produce en ciertas condiciones atmosféricas; una ilusión de óptica; o un efecto de espejismo, tan sorprendente, como es la Fata Morgana de las costas calabresas.

- ¿Y el ruido cómo te lo explicas?

- De la misma manera: por una ilusión de acústica que combinada con la de óptica, produce el maravilloso resultado que hemos tenido la fortuna de admirar.

- ¿A eso llamas fortuna? para mí no ha sido nada agradable de ver. Ahora vamos a dormir, y ojalá la tal procesión no me de pesadilla.

- Pues a mí no hay procesión, capaz de borrarame de mi idea: soñaré siempre con el beso de María.

- Y así diciendo, se marcharon a dormir.

IV

Durante cinco días, no pudo Carlos Luis satisfacer su deseo de comunicar a Raimundo lo sucedido. Este había marchado a la ciudad por el dinero necesario para los pagos en la hacienda, misión delicada que no podía ser desempeñada sino por un sirviente de toda confianza.

Al sexto día, dispusieron los jóvenes para un importante viaje. Fijada para dentro de breve plazo la fecha de retorno al colegio, iban a despedirse de los amigos vecinos, y como las haciendas que iban a visitar hallábanse algo distantes, pernoctarían en una, para de allí seguir a

las otras, no volviendo a casa sino después de cuatro días.

Como era natural, Carlos Luis pensaba pasar el mayor tiempo posible en Casa de María; iban a transcurrir tantos meses sin verla! y a más, había el asunto del beso que aún no sabía cómo arreglarlo. Dominado por esta idea, toda otra habíasele desvanecido, y del suceso de aquella noche no guardaba la menor impresión, ni memoria; si a Ernesto le ocurría lo mismo no se sabe, él callaba, sin mencionar tampoco el asunto.

Al ir los dos amigos a montar a caballo, Raimundo que acababa de llegar y hallábase en el portal acercóse a saludarlos y tenerles el estribo. A la vista del negro, despertóse en Carlos Luis el olvidado recuerdo, y su propósito de aterrorizarle.

- Oye, dijo dándole amistosamente en el hombro un golpe con la fusta; tengo que contarte una cosa: ya vinieron las ánimas a despedirse de mí, no quisieron dejarme ir con el deseo de conocerlas; tú que tienes trato con ellas agrádecéles tal bondad.

Miróle Raimundo entre sorprendido e incrédulo, luego blanqueó los dientes al sonreirse.

- ¡Siempre el niño con ganas de broma! si lo que dice fuese cierto no lo estaría contando, ya se hubiera muerto.

- ¿Cómo es eso Mundo? ¿tú mismo te olvidas de tus cuentos? ¿no nos dijiste que el plazo después de la aparición era de quince días? sólo hacen seis que la he visto, luego me quedan todavía algunos días por delante, los precisos para marcharme a Quito dejando a las ánimas despidadas; con lo malo de los caminos espero no me seguirán allá.

- Su merced quiere burlarse de mí. No le creo.

-Y sin embargo es cierto; replicó Ernesto, con voz que pretendía ser jovial y que sólo era melancólica.

En seguida narróle el suceso tal como había ocurrido. De negra tornóse lívida la piel de Raimundo, le temblaron las manos y los labios y musitó roncamente;

-Pobrecito niño! pobrecito!

Rió Carlos Luis de muy buena gana, pero Ernesto sin saber porqué se sintió mal; asió las crines del caballo con nerviosa mano y de un salto se plantó en la silla.

- Vamos, dijo tratando de disimular la penosa impresión; vamos, ya se hace tarde.

Montó Carlos Luis, atusose el incipiente bigote, y sacando el caballo al terraplén, hízolo corretear tres o cuatro veces, ante la familia puesta al balcón para despedirla. Luego evanecido y alegre, dirigióla un postrer ademán de despedida y partió a escape, seguido de Ernesto.

V

El itinerario que habíanse marcado fue cumplido. Despidiéronse de todos sus amigos hasta el año próximo; palabras de esperanzas y deseos de ventura se cruzaron de una y otra parte: ¡Pronto pasa el tiempo, y días dichosos los reunirían de nuevo! el año entrante sería aún más bello y fecundo en diversiones que aquel había sido.

La más anhelada y que debía durar más tiempo: la visita a María, fue designada para ser la última, iy así lo fue!

Impacientes por llegar, presto, lanzáronse los jóvenes a escape por desusado y escabroso atajo; el caballo que montaba Carlos Luis tropezó de pronto y se precipitó de bruces sacando por la cabeza al jinete, quien dio una tremenda voltereta y cayó al suelo con el cuello torcido, quedando instantáneamente desnucado.

.....

Apenas habían transcurrido ocho días, desde la noche en que aparecírase a los dos amigos la procesión de las ánimas, cuando Carlos Luis en su lecho de muerte, recibía de los acongojados labios de María, sobre los suyos yertos, aquel beso de amor y despedida con el que tanto había soñado.

Revista "La Ilustración", Año I, Guayaquil (Ecuador), mayo 27 de 1917, No. 2, págs. 5-56. Editor Alejo Mateus.